IMPULSO

REVISTA MENSUAL — 20 ctvos. — Diciembre de 1928

RAFAEL BARRETT



El maestro inolvidable que elevó siempre su voz generosa para enseñar o defender a los humildes.

Este número destinado a recordarlo contiene varios de sus notables trabajos y datos interesantes de su vida y de sus luchas.

Por la paz de América

Una provocación boliviana según el gobierno del Paraguay y una agresiòn paraguaya, según el gobierno de Bolivia han traído sobre el continente horas de penosa inquietud y ocasionado ya víctimas y violencias.

El ingenuo pueblo de ambos paises, exaltado por estos hechos dolorosos y azuzado por la respectiva prensa chauvinista, viene realizando, principalmente en Bolivia, manifestaciones tumultosas que muy bien pudieran acarrear una guerra infame, donde dos pueblos hermanos serían sacrificados en aras de miserables intereses políticos y financieros.

El pretexto inicial de este conflicto es la incursión de tropas de uno y otro pais en el territorio del Chaco Boreal sobre el que dicen tener derechos de soberanía el Paraguay y Bolivia.

En realidad ni uno ni otro de dichos paises necesitan de tal territorio para el desenvolvimiento de su vida económica, por cuanto la mayor parte de su propio suelo está deshabitado y virgen. Pero los gobernantes de ambos paises, que han hipotecado a los capitalistas extranjeros hasta la última parcela del territorio nacional, desean la posesión de esos bosques inmensos para vendérselos también por cuatro centavos a las compañías inglesas y yanquis cuyos encontrados negocios son los que mueven realmente los títeres politicos en Paraguay y Bolivia.

En lo que respecta a este último país hay además por parte de su presidente, el tiranuelo Siles, un interes personal en llegar, incluso, al conflicto armado para afianzar su posición política cada vez más precaria por las continuas medidas de rigor—detenciones y destierros—de que ha hecho víctimas a los trabajadores organizados y a los estudiantes e intelectuales de izquierda.

Otros agentes provocadores que, sin duda, atizan también leña al fuego son los representantes de las fábricas de armamentos, quienes—como lo evidencian los escándalos aún no bien esclarecidos de nuestro Ministerio de Guerra—están acostumbrados a comprar generales, políticos y periodistas para asegurarse la venta de sus instrumentos de muerte.

Contra todos esos intereses obscuros y bastardos debe alzarse la voz de la masa obrera y de la juventud intelectual americana y denunciar frente a los dos pueblos hermanos los criminales propósitos que se ocultan tras esa artificial agitación falsamente patriótica.



AÑO I PUNTA ALTA-BAHIA BLANCA, DICIEMBRE DE 1928 · Nº. 7

Número suelto 0.20 $
Semestre ..... 1.20 »

IMPULSO

REVISTA MENSUAL

EDITADA POR EL CENTRO "LIBERTAD"

AGRUPACIÓN CONTRA EL FASCISMO Y EL IMPERIALISMO

APUNTES

¡Ya viene el patrón!

Mister Hoover, presidente de los cambalacheros imperialistas del Norte va a llegar en estos días a la Argentina.

Viene en viaje de inspección como el administrador general que visita los establecimientos a su cargo. Y los gobiernos de South América, limpian apresurados la casa para recibir al amo, buscan nuevas riquezas naturales para ofrecerselas como obsequio y organizan en su honor verdaderos ejércitos de lacayos y aplaudidores amaestrados.

Mientras, la corte cartaginesa del embajador del dólar, husmea los rincones para llevarse algún recuerdo o asegurarse los servicios de los «caciques» locales a objeto de colocar después algunos emprestitos.

Dicen los periódicos que este viaje resultará muy provechoso. Para algunos... seguramente. En cuanto a nosotros, los pobres diablos, nos limitamos a apretarnos un poco más los cinturones y a silbar con toda el alma al patrón, única venganza que nos está permitida.

¡Lástima de balas!

"Córdoba 5. — "La esposa del director de «La Voz del Interior» agredió a tiros al Sr. Agusti, director del diario «Córdoba» quien usó de argumentos de índole privada e íntima en una violenta campaña que sostuvo con el anterior. El señor Agusti resultó ileso".

Es verdaderamente una lástima que los sinvergüenzas tengan tanta suerte.

¡Pobres agitadores!

Buenos Aires 6.—Informaciones de Córdoba dicen que el gobierno tomó energicas medidas para perseguir a los agitadores que, según se asegura, vienen huyendo de Santa Fé.

Buenos Aires 6.—Informa el Inspector General de Defensa Agrícola señor Varaona que se enviaron destacamentos militares a Amstrong y Tortugas, porque se sabe que a estas localidades llegan elementos agitadores procedentes de Córdoba.

¿En que quedamos? Los agitadores están en Córdoba o están en Santa Fé? Probablemente no más que en la cabeza afiebrada de los corresponsales miedosos o en el cálculo de los que especulan con el miedo. Pero de cualquier modo ¡ay de aquel que tenga facha de agitador! ¡Se escapará si es brujo! ¡A garrotazos con él de Córdoba a Santa Fé! Y de allí ¡a garrotazos con él de Santa Fé a Córdoba! ¡Y vuelta al juguetito! ¡Cualquiera se mete a agitador en estos benditos tiempos de paternal obrerismo irigoyenista!

Masacres de obreros en Colombia

BOGOTA 9.—Un telegrama procedente de Santa Marta anuncian que las tropas del gobierno derrotaron a los braceros de la región bananera. En los combates de ayer resultaron muertos 12 obreros.

BOGOTA 10.—Se anuncia oficialmente que todas las posiciones de la costa y en el Valle de Magdalena fueron tomadas a los obreros y campesinos rebeldes después de un combate de cinco horas que causó numerosas víctimas.

BOGOTA 10.—Las tropas del gobierno se proponen dar esta noche un avance general para terminar el movimiento rebelde.

Esto significa que Colombia, siguiendo

el ejemplo de los demás paises "civilizados" está ahogando en sangre un vasto movimiento proletario de aquella republiqueta, uno de los paises donde los trabajadores son más barbaramente explotados por el capitalismo indígena y el norteamericano.

Demostraciones de cariño

CALCUTA— La comisión Simnons, encargada de estudiar las condiciones políticas de la India fué recibida en Gampore por una enorme manifestación hostil que arrojó numerosas piedras contra el tren que conducía a la comisión.

Los comercios indígenas cerraron sus puertas y los estudiantes abandonaron sus estudios.

Como se ve toda una elocuente demostración de amor y agradecimiento a Inglaterra por su régimen paternal sobre la India.

¡Los lacayos, pueden retirarse!

Tal ha sido, más o menos, el contenido real del discurso con que Musolini despidió, entre aplausos y aullidos atronadores de la claque servil de «su» congreso.

La próxima recua de diputados deberá ser más incondicional aún si cabe a la voluntad del dictador que los mucamos reeién licenciados. Con todo desparpajo el mismo Mussolini se lo anunció así diciendo que pensaba elegirlos entre los más dóciles y obedientes sirvientes suyos.

Ya nos imaginamos pues, a los lacayos despedidos estudiando febrilmente bajezas y adulonerías que usaba la corte de Nerón para ensayarlas despues—recargadas de obsecuencia y rastrerismo— ante el nuevo emperador de Italia.

Pero creemos que dificilmente lo conformarán por mucho que se agachen y cualquier dia el «duce», fiel a la tradición y al alto ejemplo de Calígula, se divertirá a costa de sus sirvientes nombrando para presidirlos al asno más ruín de las Apulias.

Aunque, a la verdad, si llegara el caso, no se podría considerar humillada a la asamblea sino al asno...

La reacción en Santa Fé

...en medio de un rastrojo que dormita
entre la malla de oro del solazo,
y resplandores que calcinan
la trilladora ronca,
con el mismo zumbar de tantos días,
su lúgubre canción, Mientras nosotros'
doblados por el sol y la fatiga
mugrientas bestias sudorosas,
atascamos su vientre con gavillas.
Bellos atados de pepitas rubias
que calmarán del rico la codicia,
y serán su pan blanco,
su caudal, su derroche, su alegría,
mientras nosotros vamos, despedidos
a perdernos hambrientos por las vías...

Pedro Godoy, el poeta proletario nos cuenta así la tragedia del jornalero golondrina que año a año deja la miseria de las ciudades y los pueblos para ir a pié o en los trenes de carga a buscar en el campo, bajo el fuego del sol canicular el miserable puñado de pesos que aliviará un poco las estrecheces y la desocupación del próximo invierno.

Año a año se repite así el via-crucis cada vez más doloroso, de nuestro peón agrario, cuyos ingresos, continuamente mermados por las máquinas agrícolas, apenas alcanzan a menudo para pagâr los cuatro días de espera en el fondín y el pasaje del tren que lo vuelve a la miseria del pueblo con las manos vacías.

Año a año.... ¿Quien se acordó jamás de remediar en algo el dolor de proletario que, linyera al hombro, hemos visto cruzar tantas veces por las vías?

La policia acostumbrada a considerarlos poco menos que delincuentes, buenos solo para llenar los ca-

labozos de campaña o arrearlos a rebencazos de las alcantarillas donde duermen.

Los "padres de la patria" están veraneando por playas, sierras y estancias y no tienen interés en ver los espectáculos de la miseria. Los periodistas no cobran para eso...

¿Que hacer pues?

Los proletarios agrarios de Santa Fé, sabiéndose solos en la explotación buscaron un alivio a su situación organizándose sindicalmente y confeccionando un pliego uniforme que luego sería presentado a los colonos por cuarenta sindicatos de braceros desparramados por la provincia.

El tal pliego es de una moderación extrema como puede juzgarse por estas clausulas:

Art. 2°. La jornada será de sol a sol.

Art. 6°. Toda máquina tendrá su carpa correspondiente para el personal que será armada en corral antes de dejar el trabajo:

Art. 12°. El aguatero ganará 130 $ mensuales, el ayudante de fogista 120 $, el tirador de palo 70 $ por mes y el tirador de agua 40 $ por mes, etc.

Pues bien, bastó la sola presentación de este pliego —aceptado sin resistencia por la mayoría de los colonos, salvo cuatro infelices reaccionarios de la F. Agraria— para que "La Nación" "La Prensa" "La Razón" y demás meretrices del periodismo "serio" empezaran a chillar por orden de los terratenientes y cerealistas, explotando el viejo cuento de los "agitadores profesionales" los asaltos en cuadrilla de las chacras, los incendios de parvas y la inminente ruina de las cosechas por culpa de las huelgas.

El gobierno de Santa Fe, sabiendo que todo eso eran puras patrañas, no les hizo gran caso; pero los terratenientes y cerealistas tocaron más altos resortes y el gobierno obrerista de Irigoyen haciendo honor a los antecedentes de la Semana de Enero y las masacres de Santa Cruz, envió dos regimientos a Rosario para que procedieran con mano firme contra los "agitadores profesionales"?

¿Quienes son los agitadores?

Para el gobierno y sus amos, los capitalistas rastacueros del país, son "agitadores profesionales" todos los trabajadores que suben a una tribuna o van a una delegación o hablan en las asambleas o escriben un manifiesto o son miembros de comisión o se declaran simplemente en huelga; en fin, todos los que protestan. Para nosotros, los únicos agitadores y ladrones "profesionales" son: los terratenientes que, con una simple firma puesta al pié de un contrato de arrendamientos, se quedan con la mitad de la cosecha o.., toda ella; los cerealistas que, también sin trabajar, se apoderan del resto pagando por los cereales la mitad de su valor, gracias a monopolios y combinaciones infames; los periodistas venales que, por unas míseras migajas, ocultan, secundan y defienden los robos de sus amos, y finalmente los vagos y matones de la Liga Patriótica, quienes, contando de antemano con la impunidad, asaltan sindicatos y asesinan a militantes obreros.

Esos son los únicos agitadores y fomentadores eternos de conflictos y desórdenes... El gobierno «obrerista» de Irigoyen lo sabe, pero no procederá jamás contra ellos, por qué el tambien está para servir los intereses de esa mafia de granujas y en su homenaje es muy capaz de mancharse una vez más con inocente sangre proletaria.

Pero tanto va el cántaro a la fuente que... al fin se convierte en un Wilkens o Radowitzky.

¿Quién era Rafael Barrett?

Estos fragmentos biográficos, escritos por personas que conocieron a Barrett dicen con elecuencia lo que fué la vida de aquel gran luchador.

En Madrid

.... Yo me encontré con Barrett en el que fué el momento crucial de su vida. Seguro estoy que si ha llegado a ser una figura en la historia de América lo debe a aquella hora. Las gentes de mi tiempo recordarán que hacia 1900 cayó por Madrid un joven de porte y belleza inolvidables. Era un muchacho más bien demasiado alto, con ojos claros, grandes y rasgados; cara oval, rosada y suave, como de mujer, salvo el bigote; amplia frente, pelo castaño claro, con un mechón caído de un lado. Un poquito más ancho de pecho, y habría podido servir de modelo para un Apolo del romanticismo.

Debió de haberse traído de la provincia algunos miles de duros, porque vivió una temporada la vida del joven aristócrata, más dado a la ostentación y a la buena compañía que al mundo del placer. Se le veía en el Real y en la Filarmónica, pero no en Fornos, ni en el Japonés. Vestía con refinamiento y las mujeres le admiraban a distancia. Presumo que de haber caído en París o en Londres se habría casado con una millonaria, que lo habría comprado en matrimonio, como se adquiere un palacete de verano; pero las ricas españolas no suelen adquirir marido sin consejo de gentes que no habrían sentido simpatía hacia las aficiones artísticas de nuestro "dandy".

El hecho es que Barrett se gastó su dinero, cosa que me parece un error grave, por la que la buena sociedad empezó a darle de lado, cosa que me parece natural, dada las exigencias de los tiempos. Lo que ya no estubo bien es que en vez de decírsele a Rafael Barrett que no había lugar en la "high life" para los chicos pobres, sino cuando son dóciles y humildes, se le inventara la calumnia de que era dado a vicios contra natura. Rafael Barrett se revolvió contra la acusación. Hizo que las personalidades más eminentes del protomedicato le examinasen las verguenzas, así como las del amigo que compartía el aprobio de la acusación, y con el certificado de "naturalidad" en el bolsillo se lanzó a la imposible tarea de buscar a los originadores de la calumnia. En esta busca acaeció la escena famosa, en que Rafael Barrett, látigo en mano, acometió un dia de moda en un teatro, con razón o sin ella, a uno de los aristócratas de nombre más encopetado. Ya digo que no sé si tenía razón para el ataque, pero tampoco lo tenía el Tribunal de honor que días más tarde le descalificó. La descalificación me produjo tan deplorable efecto que envié a "El Pais" una carta en que me borraba de la lista de los caballeros de honor.

Fué entonces cuando le conocí. No ví en él más que a la víctima de una injusticia. Que fuera hombre capaz de sentir las injusticias que los demás sufriesen, no pude adivinarlo, aunque debió ser la razón de la fuerte simpatía que me inspiró lo que entonces no pudo parecerme sino un señorito despedido de su clase social. Es indudable que la injusticia que se le hizo le abrió el pecho para sentir la injusticia social.

El caso es que, al desembarcar a los pocos meses en América, y ésta es ya historia que Armando Donoso sabe mejor que yó, Rafael Barrett era otro hombre, . .

Ramiro de Maeztú.

En Bs. Aires

No existen datos exactos, o lo me-

nos concordantes, de su paso por aquí. De cuanto tenemos oído, lo solo que se desprende es esto: que trabajó en "El Diario Español", del que debió despedirse a raiz de un altercado con vías de bofetones a su director López Gomara. El motivo fué aquel su célebre artículo incluso en "Moralidades", titulado "Buenos Aires".

En Asunción

Llegó a Asunción en 1904. Sus antecedentes, hasta entonces, quedaban circunscriptos a esto: español, familia hidalga, 33 años. Le veía errar siempre solitario, taciturno, (?) abstraído, como molesto de la gente. Había en todos elogios para su talento y coraje. El maestro, extraño a la rutina de aplaudir o apostrofar. respondía con breve ademán al saludo cortés de algún presunto admirador. Al principio esa altivez injuriosa me molestó. Le supuse vanidoso, y preferí no tratarle. Por casualidad trabamos amistad. Una noche dos sargentos mataron al jefe del escuadrón de seguridad. El público se exaltó. Barrett contra la protesta unánime, les defiende. "El Diario" acepta una cuartilla mía rechazada en "El Cívico". Participamos la misma opinión. A este incidente debo la intimidad con el excelso escritor. Más tarde, el 1°. de Mayo, concurrí al Teatro Nacional. La Federación Obrera conmemoraba la fiesta (!) proletaria. Un ácrata uruguayo avisa a Barrett mi presencia. Entonces aquel vanidoso se acerca y a su instancia vivaz ocupó la tribuna.

"El Diario" le retribuía con 50 pesos paraguayos cada página. La profesión de agrimensor le oportaba regulares recursos. Sus ingresos no excedian a los de cualquier oficinista. Y si advierto que "la buena salud de los microbios", como él definió la enfermedad, le perforaba los pulmones, colegiremos que insistir en esa pobreza era descubrir la energía de su carácter. Y si buscamos el detalle nos asombra. Un perfil es una imagen.

—Desde hoy no vuelvo a calcular, nos dijo al sentarse en la mesa. Abandono el lápiz, la matemática y el teodolito.

Como mis ojos le confesaran mi sorpresa, agregó:

—Que! Hablar contra la propiedad todos los dias, con feroz repetición, y al segundo medir tierras como océanos y autorizar la exactitud de sus límite, ¡no!

Nuestra propaganda doctrinaria fué activísima. Truncamos la modorra del nativo atrayéndolo a las conferencias. La palabra de Barrett, simiente fértil, seguida con recogimiento, producía el exámen en el auditorio. No llevaba método, pero sus conocimientos serios y selectos daban orden al discurso. Hablaba familiarmente hasta que la fatiga le vencía. Su maldita enfermedad le obstaculizó sin quebrantar su ánimo. Levantábase del lecho y cumplía el compromiso contraido. En estado grave habló sobre la Miseria. La palidez de su semblante reflejaba su mal y el bárbaro desfile de cifras en que apoyó su crítica agitaba su imaginación. Deseamos ese día que terminara. . .

La más importante, la que expuso su vida a la violencia, fué «Lo que son los yerbales». Preparó el ambiente publicando en «El Diario» seis artículos que forman el folleto editado por Bertani, de Montevideo. Esas verdades, harto conocidas, causaron estupor. Los diputados Lara y Riquelme prometieron llevarlas a la Cámara. Promesas. El contador de la Industrial Paraguaya» insinuò ofertas incitantes. Amigos de capitalistas complices intervinieron. Todo en vano. Pretendimos alquilar el teatro, pagamos, y no se nos entrega por orden de Juan G. Gaona, el millonario que mereciera en plena plaza apóstrofes santos, imprimimos un manifiesto y se nos prohibe fijarlo. Las tretas no valieron. Salgo una noche

en compañía de un camarada con engrudo y pincel. La policía impide nuestro proyecto. Repito el paseo y me detiene. Para mi libertad, me responsabilizo de la redacción del manifiesto- Apenas lo sabe, se presenta al Departamento y exige responsabilizarse. Continúan los incidentes. Al fin, en un terreno baldío, Barrett amplió con testimonios, revelando crímenes, el escrito aparecido.

——

Gran laborioso, constantemente inclinado sobre su larga mesa formada por tablas sueltas cubiertas de un género de coco barato, estudiaba o escribía. "Me acusa Vd. por que no escribo. Olvida que soy un enfermo, muy enfermo, que apenas me dan las fuerzas para escribir el artículo semanal de «La Razón» de Montevideo". En la misma carta me dice: "espero a que salgan a la luz las «Moralidades Actuales» para enviarle el original de «El Dolor Paraguayo». Preparo «La casa de los tísicos». Se necesita tan escasa energía para mover la pluma que escribiré hasta el fin".

——

Durante el motin militar de Albino Jara, del 2 al 5 de Julio de 1908, Barrett viendo el abandono en que quedaban los heridos se portó heroicamente. Jadeante, esforzándose, impulsado por afán de bien, se ofreció al peligro yendo debajo de los cantones, en medio de las balas, a las esquinas, en todos los lugares, recogiendo heridos que él mismo conducía en sus débiles brazos. La Municipalidad, pasado el cuartelazo, le envió una nota de reconocimiento.

En Octubre le encarcelaron y deportaron.

——

"Germinal" resultó el pensamiento realizado de Barrett. Ahí está él, en cualquiera de sus líneas. Aparece en el editorial y en el epifonema.

——

La orden de destierro obligó a Barrett a ir a Montevideo sin dinero y sin amigos. El socialista Frugoni lo acogió con afecto. Al poco se agravó su enfermedad. Era menester aislarle". "Un tísico no es plato de gusto . . . La gente tiene un inexplicable miedo de morirse", me dice en carta de 24 de Octubre. Se refugió en el lazareto.

Mejorado, salió del Uruguay. Regresó a su casa. Meses despues se hallaba en Francia. Tengo para mí la convicción de que su viaje obedeció al deseo intimo de abrazar a una tía que adoraba. y de acatar las terribles condiciones que le imponía la tuberculosis: sustraerse a su hogar.

Prefirió, sin duda, morir lejos, acaso en el mar, y se ausentó.

José G. Bertotto

En Montevideo

Han transcurrido como diez y seis años. Una tarde me anunciaron en casa que alguien me aguardaba en el escritorio. Era un hombre delgado, de pálida tez y nariz afilada, de rostro anguloso con una barba corta algo nazarena tirando a rubia y unos cabellos alisados hacia una oreja y delatando más que ocultando los irremediables estragos de una calvicie incipiente. Se puso en pie al verme llegar y vi que era de regular estatura, más bien alto. Sus ojos eran claros, de un mirar confiado y dulce que inspiraba amistad. Sonreia con una sonrisa agradable, llena de dientes blancos. Sus ojos se le iluminaban intensamente al reir y esparcian su honda dulzura por todos los razgos de la cara en la que las mejillas hundidas y los pómulos salientes con cierta transparencia de cera acusaban inquietantes claudicaciones de la salud.

—Soy Barrett,—me dijo.

Nos dimos un apretón de manos firme y recio. Su mano era fina, huesosa, de dedos alargados, y apretaba bien, denotando vibrante fuerza de nervios y una cálida electricidad de espíritu.

—Acabo de llegar, — añadió, después de efusivo saludo. — Vengo deportado del Paraguay.

....

Me narró también su encarcelamiento por orden de Jara, el tiranuelo brutal; su prisión en un cuartel, y su deportación finalmente. Venía a ganarse la vida con la pluma. Me pidió que le orientase en su búsqueda de trabajo como periodista. Yo era entonces cronista teatral de «El Dia» y por mi intermedio esperaba obtener una plaza de ese diario o colaborar en él mediante un sueldo que le permitiese vivir.

Mis gestiones para asegurarle un sueldo como colaborador de «El Día» fracasaron. Le aconsejé entonces viese a Samuel Blixen, que dirigía «La Razón». Se entendieron. Blixen, gran conocedor de valores literarios y periodisticos, supo apreciar de inmediato el mérito excepcional de ese escritor nervioso, hondo e intenso que sabía encerrar en la asombrosa síntesis de sus notas cotidianas, las inquietudes de un espiritu ampliamente humano y las reflexiones de una mente penetrante y profunda, armada de todas las armas por la virtud del propio pensamiento y el variado auxilio de una compleja erudición.

....

Pero mi objeto en este artículo no es estudiar a Barrett, sino relatar cómo, en qué circunstancias trabé con él conocimiento personal. Dicho queda. Llegó un día a mi casa, me dijo quién era, le abrí los brazos y desde ese momento nuestros corazones no se separaron ya. No tardó en confiarme el fondo de su alma. Me habló muchas veces de sus grandes amores—su hijo era el más grande—y poco de sus dolores y tristezas, porque no le gustaba ofrecer el lamentable espectáculo de sus llagas, ni siquiera de sus cicatrices... Pero le vi sufrir. Venía minado por una enfermedad implacable. A pocos meses de llegar, cayó en cama, volteado por la terrible hemotisis. Le hablé al doctor Narancio, entonces mi amigo, para que lo viese en el hotel Plaza Bianchi, donde se alojaba. El estaba muy agradecido a las atenciones desinteresadas que el doctor Narancio le prodigó con encomiable humanitarismo. Allá íbamos a verle sus pocos amigos, y entre éstos, el más asiduo, Felix Peyrot, uno de los más bellos corazones que he conocido jamás, y que sentía adoración por Barret que éste le retribuia con un afecto de verdadero hermano. Yo los había acercado, y me estremecía viendo como esos dos hombres, ambos muy enfermos, se aprestaban a marchar juntos por la vida mirando sin pestañear a la muerte, que se les aproximaba. A menudo departían sobre temas filosóficos. Peyrot era un teósofo ardiente. No trababan de convencerse; pero discutían con entusiasmo y no siempre estaban en desacuerdo.

Del hotel hubo de salir, porque al saberse que estaba tuberculoso le pidieron la pieza...Tuvo que ir a aislarse a la Casa de Aislamiento, y no dejaba de escribir. Continuaba enviando con intermitencias sus notas a «La Razón», y escribió unos cuentos en esa casa de Asistencia, que vieron por primera vez la luz en «El Espiritu Nuevo», una revista dirigida por mí. De allí salió mejorado y poco despues volvió al Paraguay, a ver a su esposa e hijo, para retornar y emprender entonces su viaje a Europa, que fué su último viaje . . . Al embarcarse acaso presentía la proximidad de su fin. Me abrazó muy triste, y respondió a las palabras con que yo trataba de infundirle optimismo, con frases de despedida que me cayeron como lágrimas candentes en el corazón. Me sonrió por última vez en su camarote con aquella su sonrisa abierta bañada en suave luz de bondad, de tolerancia, de perdón y de afecto. Volví a ver al Jesús de las estampas. Y no volví a verle más. (1)

Emilio Frugoni.

Fragmentos del artículo «Como conocí a Barrett».

---

(1) Murió en Arcachon, Francia, el 14 de Diciembre de 1910.

HACIA EL OCASO

¡Oh, cabelleras de color de otoño!
¡Oh, rocío inocente
que luce en la sonrisa de los ojos;
¡Ojos silvestres, ágiles y nuevos,
los más dulces de todos!
¡Oh, pies desnudos, caricia de la tierra.
pies que besa el arroyo
temblando! ¡Oh, senos en capullos donde
el sol hace bailar sus manchas de oro
debajo de las hojas! ¡Oh, muchachas!
Jugad. Os reconozco,
tropel de mis lejanas primaveras;
dejadme contemplaros. Ya no corro,
con mi pasado a cuestas, cual vosotras,
y a la sombra que baja me abandono.
Huistéis, maliciosas, con las alas
de mi propia ilusión, dejando plomo
en mis plantas cansadas, y. en mi vida
amargura sin fondo.
¡Oh, vírgenes desnudas!
¡Oh, cabelleras de color de otoño!

1903. Rafael BARRETT

Dos palabras sobre Barrett

Barrett fué un pensador de genio y un luchador infatigable.

Tenía un espíritu inquieto, su prosa cortante, fuerte, hermosa, muestra su propia personalidad. Así dicen los que le conocieron.

El dolor de los hombres fué su propio dolor. —Su indignación ante la injusticia social, retratada en sus obras, no es la protesta del escritor que quiere hacer frases.

Sintió el dolor de los otros hombres, esencialmente de los que trabajan. Refieren sus viejos camaradas que todavía andan por los sindicatos obreros, que el autor de *Mirando vivir* se conmovía viendo un harapo. o el rostro enfermo de una mujer de un niño proletario. «Cuando llegaba al local—dicen—no se sentaba hasta que todos pudieran sentarse. Tenía una bondad inmensa y era muy querido por el pueblo trabajador».

Por eso, muchas veces tuvo también la obsesión de ser malo, de ser fuerte para destruír, para exterminar: ¡la santa ira de los parias! Bastará leeer las últimas líneas de *Buenos Aires*, artículo en que de un dinamitazo ansía romper «el vil hormiguero humano». Observa en una mañana gris un cuadro de hambre, uno de esos cuadros vulgares de las grandes capitales: aquí un hombre levantando de una lata de basura una presa babeada de los perros, para comerla ávidamente, en tanto ahí en frente, en el palacio del rico, se oyen las notas del festín, del hartazgo y Barrett, presa de indignación hacia una sociedad de hambrientos y de hartados, crispa sus dedos, busca una carga de justicia para sus manos—la misma carga que estuvo en manos de Radowitzky para Falcon y con que Wilkens vengó las matanzas del coronel Varela.

Después, su vida fué una lucha constante con la miseria y con los

hombres. En esta ciudad de profesores de ultrapatriotismo, no faltó uno que no lo llamara mal extranjero y otros que, maniatado, le echaran del país. Los señores de la Industrial y de la Matte Larangeira quisieron tasar su pluma. Fué despreciado por los maestros de la juventud paraguaya, porque quería renovación. Y porque nunca estuvo de parte del usurero: del rico, del prepotente. Después de cruzar el rostro de un aristócrata español de un latigazo vino a América. Llegó a la América con que sueñan muchos europeos, inmensa, de campos dilatados y libres, de ciudades cosmopolitas y hospitalitarias. Pero la realidad fué para él, como para muchos otros, muy distinta.

Y exclamó: *¡También en América!* También aquí en América la inquisición del oro, del hambre, del odio.

También en Amèrica los grandes terratenientes poseyendo toda la tierra fecunda, en tanto el verdadero hijo de los campos rueda proscripto, sin techo y sin tierra, empujado a las fábricas de las ciudades por las vacas, el alambrado y el dueño de estancia. ¡Dónde las clases directoras cuidan más a las bestias por el cuero y por la lana, que a los hombres!

También en América las minas con sus millares de esclavos. El yerbal, los gomales, las salitreras, más inhumanos que los pozos europeos contaminados de ácido carbónico y de grisú.

También en América el lujo paseando entre el harapo, la seda y la levita sobre la carne del nuevo rico, del estanciero, más chocante que sobre la del aristócrata o del antiguo burgués, que están acostumbrados a llevarlos. ¡La aristocracia, las dignidades políticas y el talento comparados por wagonadas de azúcar, de trigo, de cerda!

También en América la trata de blancas, las fábricas con sus grisetas condenadas a la prostitución y al hospital. Las costatureritas, las corseteras, el patrón, el hijo del patrón, la champaña que fascina y la madrecita enferma y abandonada.

También en América el hambre frente a los graneros repletos, el frío a las puertas de los grandes registros de pieles....

Entonces Barrett afiló su pluma como un bisturí y la metió hasta el mango en la pústula social, en carne de usureros, de yerbateros de todos las explotadores de la tierra.

Obdulio Barthe

Asunción del Paraguay.

DATOS DE BARRETT

Para ser publicada en IMPULSO, nos remite de Buenos Aires esta carta la agrupación «Amigos de Barrett», a uno de cuyos miembros está dirigida.

Asunción, 16 de Septiembre de 1928.

Enterado del bello propósito de Vdes. con respecto a la obra del malogrado (verdaderamente maestro) Rafael Barrett; no sé en efecto, co-

mo cooperar en el punto que se desea, pues si bien conocí a Barrett y hemos tenido alguna ocasión de solaz espiritual, tengo poco que decir de la vida del hombre. De la vida del pensador, están sus obras y sus trabajos, no solo en Germinal del cual no poseo ningún número, sino en el Alba semanario librepensador y anticlerical que tuvo más larga vida que el antedicho y del cual fué conmigo y otros compañeros colaborador asiduo. Tampoco de este tengo ningún número.

Para la biografía de Barrett puedo aportar pocos datos. Le conocí en el teatro como figura nueva en este pueblo donde una figura en seguida se destaca. Era una figura mezcla de petrimetre y de bohemio y de porte como generalmente se dice aristocrático. Vino rodando, como ruedan los hombres en la vida, de cualquier manera, y corriendo aventuras y vicisitudes como cualquier otro vulgar. Pero se inició con algo, que no recuerdo, con una inclinación quizás y entonces varios de los idealistas que por aquí habíamos tratamos de fecundar aquel espíritu aficionado y predipuesto, con la lectura de los periódicos de Buenos Aires, de España y otros de ideas nuestras, así como con libros y revistas de la Escuela Moderua, que recibíamos, cuando aquella estaba en su esplendor y difundió todas aquellas bellas ediciones.

No tengo memoria para hacer una crónica de las etapas, diríamos, de la iniciación del sublime filósofo y estilista. Diré que pasó tragedias en su iniciación, pues su vibrante acción le ocasionó muchos sinsabores. Probó la prisión y el destierro, creo que probó bien la pobreza y que el concurso de los compañeros para aliviarle alguna vez no le vino mal.

Enfermo, habrá sido aconsejado de ir a San Bernardino, Colonia Alemana, hoy pueblo, a orillas del lago Ipacaray, lugar pintoresco y siempre cubierto de verde follage. Quizás uno de los atractivos, en su situación haya sido la vida barata en aquel lugar.

Desde allí colaboraba,—esto fué después de Germinal—por amor, en el Alba, y por algún mezquino pago en periódicos de la Capital. Cuando se dictó la ley de residencia argentina ya nos conocíamos más espiritualmente, y al publicarla los diarios porteños y al ver su monstruosidad hice yo un folleto comentándola, enviando antes los originales a Barrett, o llevándoselos personalmente, no recuerdo, para que los leyera y, precisamente con la misma impresión que yo de la ley aquella, escribía en aquellos momentos lo que después se hizo folleto: El Terror Argentino. A mi folleto el lo prologó. Una de las cartas que del maestro guardo es precisamente una en que yo le ofrecía dedicar cuatro palabras a su folleto, que él rechazó y que aunque hiriendo un poco mi susceptibilidad, por mí mismo, reconocí razoble. Transcribo...."nosotros los hijos del dolor no podemos presentarnos ante *los otros* como un "grupo de amigos". Seremos amigos dentro de casa, pero, fuera en la calle, no estamos unidos por la amistad, sino por algo más alto, la Idea".

Son varias las cartas que tengo del compañero y ahora, lo que no me había acaecido antes, observo la altivez y dignidad que de ella se desprende.

En otra carta que tengo a la vista, del año 1908, y en que me agradece los cuidados para la publicación de su "Terror" entre otras cosas me dice lo siguiente de mas interés biográfico: Gracias a «La Razón» de Montevideo que me nombra corresponsal en Europa, puedo irme a París, lo que pienso hacer a primeros de Septiembre para intentar un tratamiento contra mi enfermedad bajo la dirección de verdaderos hombres de ciencia. Llevaré ejemplares de su folleto y del mío para hacerlos conocer en los centros obreros de allá". En aquellas fechas, el hombre estaba postrado, pálido, esquele-

tico. Leyó mi folleto en la cama y escribió el suyo creo que también en ella. Por aquellas fechas, última vez que lo ví en San Bernardino, le encontré escribiendo unas cuartillas atendido por su esposa Panchita y con su Alex, que adoraba, un precioso niño de más o menos 3 años. Se alimentaba como requería su estado, en mi presencia se tomó un huevo pasado por agua y el jugo de una naranja. Se me presentaba la efigie del Nazareno: Cara adelgazada, pálida, cabellos largos, negros, brillantes, y ojos grandes, bellos.

Era simpático, amable, culto. Muchas veces pensé a su respecto en el poco valor del aforismo de Hipócrates. "Mens sana in corpore sano". En Barrett había el más grande desmentido. Toda su vitalidad, la única parte vital de su organismo era el cerebro, así lo decía su aspecto en contraposición con su numen de fecundidad prodigiosa. Su vida, de tanto mérito, fué un destello. En muy pocos años se formó y dió su fruto maravilloso. Estaba todo convertido en mentalidad.

Me habló de su plan: Había leído de los prodigios de un médico con las inyecciones marinas: Nuestros primeros orígenes son marinos: Hegel o quien? no recuerdo. En fin lleno de esperanzas embarcose para Montevideo, y de allí para el Noreste de Francia, Arcachon, donde se apagó aquella luz.

Yo siempre he opinado contra de las biografias, pues todos los hombres la tienen interesantes, a su modo, según se describan. Creo en un dualismo, en el ser físico y en el espíritual o mental. No son muchos los sabios en quienes ha correspondido su personalidad física y moral con su moral espiritual.

Y es que el espíritu no es vulnerable como la materia: Podrá macularse un tanto y obrar como tal acompañando al hombre en la vida material, pero en el fondo de su alcazar el espíritu conserva su pureza y parece de otro ser cuando inspira y aparece tal como es en el hombre mental. De aquí que conocemos tantas obras bellas que nada ganan y a las que nada favorecen la moralidad de sus autores.

Es natural que de ponerme a recordar podría decir algo más sobre la vida y acción de Barrett, pero creo que lo único interesante son sus libros.

De una intuición filosófica admirable y un estilo peculiar y bello, digo yo, sin haber sentido en propia carne, mas que de imaginación, las penalidades de la lucha por la existencia y las injusticias que él describió de «Los Yerbales». ¿Qué hubiese dicho repito, si hubiese convivido aquel mundo de esclavos cuya mísera existencia puede decirse que solo bosquejó? Barrett jamás tuvo callos en las manos y con ello está dicho todo para reconocer el valor de su intuición y el mérito de enfrentarse contra una sociedad que al fin no le negó ni buena crianza, ni su instrucción preparatoria para una vida mas o menos libre de los dolores a que somete la gran mayoría, pues creo que era perito geómetra, y recuerdo haberle sentido hablar de alguna pequeña mensura efectuada en esa. Creo que obra en poder de la viuda un tratado inédito sobre la materia.

Creo tambièn que a no ser por Bertani, conocido editor de Montevideo, el pobre Barrett hubiese pasado desapercibido. Aquél fue quien acogió y editó sus obras, como las de otros autores, por verdadero idealismo. Aquí se le reconoció, pero como digo, a no ser por Bertani y por «La Razón», no hubiése trascendido más allá del conocimiento de unos cuantos que aquí éramos.

Repito que apruebo el propósito de la nueva agrupación que viene a corroborar mi concepto de que las obras de Barrett merecen ser estudiadas y difundidas en sus enseñanzas, que, dado su forma de expresión son un manantial fecundo e inagotable de filosofía social.

De Vds. y de la causa

Miguel Vila.

Pensamientos de Rafael Barrett

El débil no puede ser sincero. La sinceridad atrae el rencor, el rencor general provoca lo imprevisto. Solo el fuerte resiste y ama lo imprevisto. La salvación del débil está en no distinguirse. Tambien el insecto reproduce los matices del árbol que habita, y la víbora, por escapar del águila, se confunde con las ramas muertas.

* * *

Bella es la máxima de amar al prójimo, y más bella la de amar al prójimo que no vemos, al que vendrá mañana.

* * *

No es lo importante trabajar, sino trabajarnos.

* * *

El genio no es nada sin carácter. Si somos cobardes, nuestras ideas lo serán tambien, y no se atreverán a dejar su rincón oscuro para salir a la luz. Es necesario no proponerlas, sino imponerlas.

* * *

Las ideas, flechas sublimes, se forjan en el reposo, pero es la voluntad la que tiende el arco.

* * *

Los fuertes no pueden odiar. Se odia de abajo a arriba. La salud no odia, y el odio absoluto, la obsesión del mal por el mal, el designio de la destrucción inútil es cosa de enfermos.

* * *

Por encima de las flechas de las catedrales asoman las puntas de los pararrayos; mas guardémonos de reir: esto proclama que la centella ya no es de Dios.

* * *

¡Que todo lo que vamos descubriendo nos sirva de sonda para lo que aún ignoramos!

* * *

No coloquéis en el pasado vuestros jefes, sino en el futuro. Decid al libro; "cuando vivías realmente, cuando naciste para proclamar algo nuevo, no eras moral, eras inmoral. Religioso, al fundar tu secta fuiste hereje. Político, al reclamar más libertades fuiste revolucionario. ¿A que me enseñas? ¿A obedecer? ¿Por que no obedeciste? ¿A mandar? ¿Por que entonces me mandas?

* * *

El verdadero maestro no enseña la certidumbre; enseña a dudar.

* * *

El dia que no se practique la guerra, se habrá debilitado la idea de patria.

* * *

El genio trae lo nuevo, o sea el desorden. Es el intruso de la historia. Mueve los cimientos, agrieta los muros, dispersa las ideas, estorba los intereses. Amenaza la paz de los pensamientos y la de los instintos. En su presencia el poderoso teme perder el poderío, y el esclavo la esclavitud.

* * *

Lo inmoral no es que exista el mal, sino cederle.

* * *

Las certidumbres nuevas, como el sol naciente, brillan en una minoria de cumbres, a veces en una sola.

* * *

Seamos duros, pero no como la espada. Seamos duros como el bisturí.

* * *

No hay renovamiento sin dolor.

* * *

El catolicismo parece por fin reducido a las solas funciones digestivas. Es un paralítico que digiere y defeca en enormes proporciones, y fuera de cuyo vientre ningún órgano trabaja.

* * *

Llegó un dia en que los cristianos odiaron tambien, y se hicieron católicos.

* * *

El necio charlatán nos fastidia; el sabio que calla nos roba.

BARRETT

Fragmentos de una poesía al maestro, de uno de sus amigos, Hérib Campos Cervera, fallecido en Asunción del Paraguay el año 1912.

¡Oh, Barrett, melancólico y enfermo
Barrett que no olvidamos!
Ayer tu alma vivía las miserias
De la tierra pesada.
Hoy viajas en el éter de mundos ignorados,
Y nosotros, de lejos, aún le contemplamos,
Con tu sonrisa triste,
Con tus pasos pausados
Con tus amables ilusiones
Y tu niño que tanto te quería . . . .
¡Soñando siempre,
Amando sin sosiego!
Aún te veo cruzando por las calles,
Alto y triste como un ciprés augusto
¡Ibas en pos de glorias sonrientes......
Y la muerte traidora te seguía!

Aun te veo llevando bajo el brazo
El pequeño equipaje de tus libros
Que nunca abandonaste:
Camino a la Colonia, junto al lago
A combatir heroico al enemigo
Que convertía en ruina tus pulmones,
¡Barrett, te veo aún, pálido como la luna,
Iluminado por la fiebre ardiente
Volcando tu depósito de ideas
Entre los espejismos de la luz!

¡Oh, Barrett no te fuiste para siempre!
¡Aún tu alma se mueve entre nosotros
Y la vemos soñando con los niños,
Entre los viejos que se van de viejos,
Junto a las novias que al amado esperan
Junto a las madres que a sus hijos lloran.....
¡Oh Barrett no te fuiste para siempre!
Aún vives en el alma paraguaya
Tú, el errante cometa de ilusiones
Que la Muerte apagó! . . . . .

La Esclavitud en la Selva

¡Pluma mía, no tiembles, clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia.

De 15 a 20.000 esclavos de todo sexo y edad se extinguen actualmente en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Las tres repúblicas están bajo idéntica ignominia. Son madres negreras de sus hijos.

Pero el esclavo se convierte pronto en un cadáver o en un espectro. Hay que renovar constantemente la pulpa fresca en el lugar, para que no falte el jugo. El Paraguay fué siempre el gran proveedor de la carne que suda oro. Es que aquí los pobres son ya esclavos a medias. Carne estremecida por los últimos latigazos del jefe político y las últimas patadas del cuartel, carne oscura y triste ¿qué hay en tí? ¿La sombra de la tiranía y de la guerra? ¿La fatalidad de la raza? Niños enfermos. que el vicio, hembra o alcohol, consuela un instante en la noche siniestra en que habéis naufragado, ¿quién se apiadará de vosotros? ¡Dios mío! ¡Tan desdichados que ni siquiera se espantan de su propia agonía! No: esa carne es sagrada; es la que más ha sufrido sobre la tierra. La salvaremos también.

....

¡La selva! La milenaria capa de humus, bañada en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable. inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un solo nudo. infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente y la elástica zarpa y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros, los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar el fin. A él no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le disecarán vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia y los muros de un laberinto que no se acaba nunca- Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo, y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos, y la senda que abre con el machete, torna a cerrarse detrás de él como una estela en el mar!

....

Escudriñad bajo la selva: descubriréis un fardo que camina. Mirad bajo el fardo: descubriréis una cria-

tura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un hombre; es todavía un peón yerbatero. Hay quizás en él rebelión y lágrimas. Se ha visto a mineros llorar con el raido a cuestas. Otros, impotentes para el suicidio, sueñan con la evasión, Pensad que ellos apenas son adolescentes.

Su salario es ilusorio. Los criminales pueden ganar dinero en algunos presidios. Ellos no. Tienen que comprar a la empresa lo que comen y los trapos que se visten. En otro artículo daré a conocer los precios. Son tan exhorbitantes que el peón, aunque se mate trabajando, no tiene probabilidad de saldar sus deudas. Cada año la esclavitud y la miseria se afirman más irremediablemente en una maldición sola. El 90 % de los peones del Alto Paraná son explotados sin otra remuneración que la comida. Su suerte es idéntica a la de los esclavos de hace dos siglos.

¡Y qué comida! Por lo común se reduce al yopará, mezcla de maíz, porotos, charque (carne vieja) y sebo. *Yopará* por la mañana y por la noche, toda la semana, todo el mes, todo el año. Alimento tan ruin y tan exclusivo bastaría por sí a dañar profundamente el organismo más robusto. Pero además se trata; sobre todo en el Alto Paraná donde los horrores que cuento llegan a lo inaudito, de alimentos medio podridos. El charque elaborado en el sud paraguayo contiene tierra y gusanos. El maíz y los porotos son de la peor calidad y transportados a largas distancias se acaban de corromper. Esta es la mercadería reservada especialmente a la gleba de los yerbales, y pasada de contrabando de una república a otra por los honorables bandoleros de la alta banca. Así se come en la mina; ninguna labradora civilizada consentirá en cebar con semejante bazofia a sus puercos.

La habitación del obrero del yerbal es un toldito para muchos, cubierto de rama de *pindó*. Vivir allí es vivir a la intemperie; se duerme en el suelo, sobre plantas muertas, como hacen los animales. La lluvia lo empapa todo. El vaho mortífero de la selva penetra hasta los huesos.

Al hambre y a la fatiga se añade la enfermedad. Esta horda de alcohólicos y de sifilíticos tiemblan continuamente de fiebre. Es el *chucho* de los trópicos. La tercera parte se vuelven tísicos bajo la carga de mulo que les echan encima.

¡Ay! ¿y las delicias menudas? el yarará, víbora rapidísima y mortal; las escalopendras y los alacranes que caen del techo; el cuí, pique imperceptible que abrasa las epidermis; el yatehí pytá, garrapata colorada que produce llagas incurables; la ora de los yerbales; mosca grande y velluda cuyos huevos, abandonados sobre las ropas, se desarrollan en el sudor y crían bajo la piel; vermes enormes que devoran el músculo: la legión terrible de los mosquitos, desde el ñatihú-cabayú al mbarigüi y al mbigüi microscópico que se levanta en nubes de los charcos y provoca accesos de locura en los infelices privados hasta del leve bálsamo del sueño. . . Comprenderéis que el mosquitero es demasiado caro para el esclavo de los yerbales: es el negrero *financista* de la capital el que lo usa.

El peón ¿con qué intentará consolar sus dolores? ¿La mujer?. . . En las lomas del norte. La Industrial no las permite. En las del sud, sí. Por un lado le conviene tener nuevas bocas a quien vender el hediondo engrudo del *yopará*. Por otro lado la fastidia que el trabajador se *distraiga*. En unos sitios es negocio traer hembras: en otros no. Las gallinas se prohiben siempre: Pretexto; causan trastornos en las mudanzas de los *barbacuás*. Motivo real: evitar a toda costa que el siervo goce de propiedad alguna.

El 90 % de las mujeres de la mina son prostitutas profesionales; a pesar del hambre, de la fatiga, de la

enfermedad y de la prostitución mismas, estas infelices paren, como paren las bestias en sus cubiles. Niños desnudos, flacos, arrugados antes de haber aprendido a tenerse de pie, extenuados por la disentería hormiguean en el lodo, larvas del infierno a que vivos aún fueron condenados. Un 10 % alcanzan la virilidad. La degeneración más espantosa abate a los peones, a sus mujeres y a sus pequeños. El yerbal extermina una generación en 15 años. A los 40 de edad el hombre se ha convertido en un mísero despojo de la avaricia ajena. Han dejado en él la lona de su carne. Caduco, embrutecido hasta el extremo de no recordar quienes fueron sus padres, es lo que se llama un '*peón viejo*". Su rostro fué una lívida máscara, luego tomó el color de la tierra, por último el de la ceniza. Es un muerto que anda. Es un ex empleado de La Industrial.

Su hijo no necesita ir a los yerbales para adquirir los estigmas de la degeneración. La descendencia se extingue prontamente. Se ha hecho algo más con el obrero que sorberle la médula: se le ha castrado.

Pero el *viejo peón*" es una rareza. Se suele morir en la mina sin hacerse "viejo". Un día el capataz encuentra acostada su víctima habitual. Se empeña en alzarla a palos y no lo consigue. Se le abandona. Los compañeros van a la faena y el moribundo se queda solo. Está en la selva. Es el empleado de La Industrial, devuelto diabólicamente por la esclavitud a la vida salvaje. ¡Grita, miserable! Nadie te oirá. Para tí no hay socorro. Expirarás sin una mano que apriete la tuya, sin un testigo. ¡Solo, solo, solo! Los reos tienen asistencia médica, y ante de subir al patíbulo se les ofrece un vaso de vino y un cura. Tu no eres ¡ay! un criminal; no eres más que un obrero. Expirarás en la soledad de la selva como una alimaña herida.

Desde la guerra, 30 o 40 mil paraguayos han sido *beneficiados* y aniquilados así en los yerbales de las tres naciones. En cuanto a los que actualmente sufren el yugo, ya muchos de ellos, menores, según expliqué, un dato será suficiente a pintar su estado. Son mny inferiores a los indios en inteligencia, energía, sentimientos de dignidad y bajo cualquier aspecto que se les considere. He aquí lo que las empresas yerbateras han hecho de la raza blanca.

....

Raro es que intente un peón escaparse. Esto exige una energía que están muy lejos de tener los degenerados del yerbal. Si el caso ocurre los habilitados arman comisiones en las *compañías* (soldados de la nación) y cazan al fugitivo. Unos habilitados avisan a otros. La consigna es: "traerlo vivo o muerto".

¡Ah! ¡la alegre caceria humana en la selva! Los chasques llevan las órdenes a los puestos vecinos! "Anoche se fugaron dos. Si salen por estos rumbos, metánlen bala". (Textual). El año pasado en las Misiones Argentinas, asesinaron a siete obreros, uno de los cuales era un niño. En Punta Porá cuando la comisaría dá por fugado a un trabajador, "fugado" significa "degollado". Hace dos meses, el patrón D. C., habilitado de la Matte Larangheira, el cual había comprado la querida de un peón por 600 pesos, tuvo el disgusto de saber la huída de la hembra con su antiguo amante y un hermano de éste. D. C. los persiguió con gente armada a winchester; uno de los peones murió en seguida; el otro fué rematado a cuchillo. Se suele hacer fuego sin voz de alto. Las empresas sacrifican no solamente a los peones, sino a los demás ciudadanos que no las hacen el gusto. La Industrial Paraguaya, famosa en Tacupurucú por sus atrocidades, expulsó recientemente a las familias del pueblo para apoderarse de las expendidurías de caña, y habiéndose opuesto el señor E. R. lo hizo matar o la

puerta de su habitación por la policía.

Todos estos crímenes quedan impunes. Ningún juez se ocupa de ellos, y si se ocupara sería igual. ¡Está comprado.

....

De este modo la opulenta canalla que triunfa en nuestros salones extermina bajo el yugo por millares a los paraguayos o los fusilan como a chacales del desierto, si buscan la libertad. Las generaciones de esclavos duran poco, pero los negreros se conservan bien. Es a los de arriba a quien acuso. Son ellos los verdaderos asesinos, y no los habilitados ni los capataces. Los responponsables son los jefes de la banda por que son los que menos riegos corren y los que más lucran con el crimen.

....

Fragmentos de «Lo que son los yerbales».

LA FUERZA

¿Qué es un tribunal sin la fuerza armada que ejecuta los fallos? Se conciben gendarmes sin jueces; no se conciben jueces sin gendarmes. La justicia no está en la balanza sino en la espada. Sin el purgatorio y el infierno ¿qué sería del Dios de los católicos, impotentes en la tierra? El jurado romántico que desfaga los entuertos continentales aplazará también su acción hasta la otra vida. ¿Quién hará caso de los que decretan la paz sin poseer ejércitos ni acorazados? Sólo el cañón hace enmudecer a los cañones.

Si la generosidad no razonara con los nervios, se daría cuenta de que la moral de las naciones es distinta —casi opuesta—de la moral de los individuos, y vería que el aparente altruismo práctico por el ciudadano corresponde exactemente al egoismo de la patria. Matar es un crímen para el ciudadano, para la patria es una gloria. Robar es un delito para el ciudadano, para la patria es una aventura. Mentir es una vileza para el ciudadano, para la patria es una habilidad. Por eso el patrimonio de los pueblos está hecho de despojos, y su tradición de crueldades.

LA RELIGIÓN

Todo pasó. Las flechas de los campanarios están en soledad. Las oraciones no llegan hasta ellas. Los templos, a veces rebosando de cuerpos, están vacíos de almas. Se es católico por costumbre o por política. De una secta que dominó la civilización no resta más que un partido, una industria. La humanidad es incapaz de construir una catedral que no sea ridícula, ni de escribir un libro místico que no sea grotesco. El colosal cadáver está tibio aún, pero nadie se engaña.

La cruz es el pasado. Es el signo de una época necesaria que ahora termina, de una forma moral y económica que nos es inútil. Nos sentimos libres de pecado. La leyenda de Adán no nos preocupa. No necesitamos que nos rediman de una falta imaginaria, sino que nos libren de la pobreza, de la fealdad y de la mentira.

El alma que nos parece sublime y el cuerpo también. No queremos hacer el cuerpo esclavo del alma, y el alma esclava de unos manuscritos viejos. No queremos gastar la vida en prepararnos un paraíso cómodo, sinó en dejarla más fácil, más rica y más bella a nuestros hijos. No queremos depender de la misericordia de un Dios, sino ser nosotros mismos los sembradores del porvenir. Queremos fé, sí; fé en el hombre, y si la cruz significa un sacrificio fecundo, que signifique el nuestro.

BUENOS AIRES

El amanecer, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la Avenida de Mayo, la vuelta al dolor, la claridad lenta en la llovizná fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris, el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente, el espejo donde todo resbala y huye, los muros mojados y lustrosos, la gran pètrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hombre....

Chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos, con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin alientos, cargados de "Prensas", corren, débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoismo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de rematàdores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mãñana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo, y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, intachables, inaccesibles.

Allì están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita, en el plato de China, el champagne que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allì descansan en nidos de tibios terciopelos las esmeraldas y los diamantes; allí reposà la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda y las sedas de Oriente y los encajes de Inglaterra; allì se ocultan las delicias y los tesoros del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo y la angustia y el suicidio anònimo.

Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venia oblicuamente, escudriñando el suelo. Un gorro pesado, informe, le encubría, como una costra, el cráneo tiñoso. La piel de la cara era fofa y repugnante. La nariz abultada, roja, chorreante, asomaba sobre una bufanda grasienta y endurecida. Ropa sin nombre, trozos recosidos atados con cuerdas al cuerpo miserable, peleaban contra el invierno. Los pies parecían envueltos en un barro indestructible. Se deslizó hasta mí; no pidió limosna. Vió una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. Contemplé aquellas manos bien dibujadas, en que sonreía aún el reflejo de la juventud y de la inteligencia; contemplé aquellos párpados de bordes sanguinolentos, entre los cuales vacilaba el pálido azul de las pupilas, un azul de témpano, un azul enfermo, extrahumano, fatídico. El viejo—si lo era—encontró algo.., una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada con la saliva de algún perro. Las manos la tomaron cuidadosamente. El desdichado se alejó... Creí observar, adivinar... que su apetito no esperaba...

"¡También América!" Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano.

CASUS BELLI

La escena en la campiña de Chile. Si preferís la del Perú, no hay inconveniente. El cuento sería poco más o menos el mismo.

Un hermoso militar, tanto más hermoso cuanto que va armado hasta las uñas, y el acero brilla alegre al sol, se apea a la puerta de un rancho.

—Eh! No hay nadie?

—Entre.

Una mujer en la cama, chiquillos sucios por el suelo.

—Vengo por Juan.

—Ay, Jesús! Está en la chacra.

—Al diablo la chacra! Me lo llevo al batallón. Estamos por declarar la guerra.

—Ay Jesús!

Juan llega pesadamente, azada al hombro. Suda: ya se sabe que es por maldición expresa del Dios de la Misericordia.

El campesino se entera. El del sable explica.

—Entiendes? El ministro de acá mandó de obsequio una corona al ministro de allá, y el de allá se la devolvió al de acá. Ya ves... una porquería, una infamia! Tenemos que degollarlos a todos.

—A quienes?

—A los peruanos.

—Yo creía que era a los bolivianos, pero es igual.

—Que será de nosotros? llora la mujer.

—Tú, como estás enferma, no puedes trabajar. Si tardo, si no vuelvo, vendes el rancho...

—En tiempo de guerra no habrá quien se lo compre, dijo el de las espuelas sonoras.

—Bueno, ya lo oyes, revientas! Los niños se te mueren de hambre. O se te acercan fuerzas amigas o enemigas y te saquean el cofre y te queman la casa.

—Ay Jesús! Que desdicha!

—Desdicha no, gloria si, dice el guerrero. Marchemos, Juan.

—Adiós, balbucea el labrador. Que quieres? Como el ministro devolvió la medalla.

—No era medalla, era corona, corrige el héroe. Qué torpe andas de entendederas hoy!

—La impresión... suspira Juan.

Y los dos hombres caminan, uno a caballo y el otro a pie, por en medio del inmenso campo. La tarde respira con sosiego. El espacio se ensancha desmesuradamente, en su acariciadora transparencia. El crepúsculo, fresco y puntual, se aproxima. Las bestias, cansadas de roer, se detienen y quizás reflexionan. Los árboles parecen soñar, balanceando apenas su follaje. Me temo que se trata de una paz fingida: bajo tierra las raices se estrangulan entre si; la espesura ahoga los débiles tallos, y por todas partes hay plantas amarillentas que se mueren de sed. De cuando en cuando una hoja cae, asesinada por sus compañeras. Y esas rápidas y graciosas curvas de los pájaros en el aire no son cosa de juego; en ella perecen tantos honrados insectos invisibles!

Juan resume largas meditaciones en la siguiente frase:

—Y que tenemos nosotros que ver con el ministro?

Una mirada furiosa cae sobre aquel sacrílego que se atreve a razonar cuando peligra la patria.

—Si no tuviéramos que ver con el ministro, a que servirían tantos soldados, tanto cañón, tantos ofi-

ciales, y los cuarteles, y los parques, y los aprovisionamientos? Los millones que eso ha costado, crees que son para tirarlos al mar? Ahora que se presenta una ocasión de lucirnos, la hemos de perder?

—Sí, dice Juan. Pero el ministro ...Yo no sé bien lo que es un ministro. Tú lo sabes?

Un ministro es algo complicado. Los dos hombres caminan en silencio. En su torno hay un gran calma, penetrante y dulce. La noche baja tranquila. Todo se recoge y enmudece. La naturaleza prepara en la sombra sus horrores habituales.

—Yo no sé lo que es un ministro, Juan; lo malo es que no soy capaz de darme a entender. Y te diré la verdad: se me figura que tienes miedo. Eres un cobarde. Debería pegarte un tiro.

Cobarde yo? dice Juan temblando. Acaso no abandoné casa, chacra, mujer, hijos? No te obedecí? Lo cual te probará que soy valiente.

—Si lo eres, si eres chileno, mata peruanos.

—Mataré cuantos pueda.

Al fin, de noche cerrada, ganan el batallón. Allí se le arma a Juan Caballero. Le ponen machete al cinto, y en las manos un fusil de siete disparos. Siete! Siete vidas que apagar con el dedo, como si fueran moscas.

Entonces Juan se siente fuerte, se siente hombre. De pronto comprende lo que no comprendía. Se dirige al hermoso militar reclutador, y le vocifera:

—Muera Bolivia!

—Como?

—Digo . . . Muera el Perú!

LA HUELGA

Huelgas por todas partes, en América y Europa. Y que huelgas! Veinte, cincuenta mil hombres que de pronto, a una señal, se cruzan de brazos. Los esclavos rebeldes de hoy no devastan los campos, ni incendian las aldeas; no necesitan organizarse militarmente bajo jefes conquistadores como Espartaco para hacer temblar al imperio. No destruyen, se abstienen. Su arma terrible es la inmovilidad.

Es que el mundo descansa sobre los músculos crispados de los miserables. Y los miserables son muchos; cincuenta mil cariátides humanas que se retiran no es nada todavía. El año próximo serán cien mil, luego un millón. El edificio social no parece en peligro; está cerrado a todo ataque por sus puertas de acero, sus muros colosales; sus largos cañones; está rodeado de fosos, y fortificado hasta la mitad de la llanura. Pero mirad el suelo, enfermo de una blandura sopechosa; sentidlo ceder aquí y allí. Mañana, con suavidad formidable, se dsmoronará en silencio la montaña de arena, y nuestra civilización habrá caído!

El dolor paraguayo

LO QUE HE VISTO

En un año de campaña paraguaya, he visto muchas cosas tristes. . .

He visto la tierra, con su fertilidad incoercible y salvaje, sofocar al hombre, que arroja una semilla y obtiene cien plantas diferentes, y no sabe cual es la suya. He visto los viejos caminos que abrió la tiranía devorados por la vegetación, desleidos por las inundaciones, borrados por el abandono. Cada paraguayo, libre dentro de una hoja de papel constitucional, es hoy un miserable prisionero de un palmo de tierra. No tiene por donde sacar las cosechas, que tal vez, en un esfuerzo desesperado, arrancaría al suelo, y se contenta con unos liños de mandioca, roídos de yuyos. Más allá, bajo el naranjal escuálido que dejaron los jesuitas, se alza el ranchito de lodo y de caña, agujero donde se agoniza en la sombra. Entrad: no encontrareis un vaso, ni una silla. Os sentareis en un pedazo de madera, bebereis agua fangosa en una calabaza, comeréis maiz cocido en una olla sucia, dormireis sobre correas atadas a cuatro palos. Y pensad que se trata de la burguesia rural.

He visto que no se trabaja, que no se puede trabajar, porque los cuerpos están enfermos, porque las almas están muertas. He visto que los peones «robustos» no pasan dos semanas sin algún día de diarrea o de fiebre. Pobre carne, herida hasta en el sexo, pobre carne morena y marchita, desarmada de toda higiene, sin más ayuda exterior que el veneno del curandero, el rebenque del jefe político, el sable que les arrea al cuartel gubernista o revolucionario! Pobres almas con el «chucho» del pánico, para las cuales en la noche brilla siempre el cuchillo de los vivos, o palidece el fantasma de los difuntos!

He visto las mujeres, las eternas viudas, las que aún guardan en sus entrañas maternales un resto de energía, caminar con sus niños a cuestas. He visto los humildes pies de las madres, pies agrietados y negros, y tan heroicos, buscar el sustento a lo largo de las sendas del cansancio y de la angustia, y he visto que esos santos pies eran lo único que en el Paraguay existía realmente. Y he visto los niños, los niños que mueren por millares bajo el clima más sano del mundo, los niños esqueletos, de vientre monstruoso, los niños arrugados, que no rien ni lloran, las larvas del silencio!

Y me han mirado los hombres, y las mujeres y los niños, y sus ojos humanos, donde había el hueco de una esperanza, me han dicho que debemos devolverles la esperanza, porque este es el pais más desdichado de la tierra. No castiguemos, no acusemos; si no hay en nuestros hermanos solidaridad, si no aciertan a respetar a sus compañeras ni a querer a sus hijos, si para evadirse de su obcuro dolor llaman a las puertas de la lujuria, del alcohol o del juego, no nos indignemos. No debemos juzgar su mal, debemos curarlo. Y cuanta fraternal paciencia, cuanta dulzura tiene que haber en nuestras manos consoladoras, para curar, por todo el territorio, las raíces enfermas de la raza!

Y he visto en la capital la cosa más triste. No he hallado médicos del alma y del cuerpo de la nación; he visto políticos y negociantes. He visto manipuladores de emisiones y de empréstitos, boticarios que se preparan a vender al moribundo las últimas inyecciones de morfina. . .

El Maestro y el Cura

Al llegar al pueblo, pregunté por el maestro de escuela, y después por el cura; nada más natural: representan el eterno dualismo de la filosofía, los dos polos de la espiritualidad humana, lo relativo y lo absoluto, los sentidos y la intuición, lo visible y lo invisible, la ciencia y la fé. El representante de lo relativo y de lo efímero, en aquella sociedad de dos o tres mil almas, estaba peor alimentado que el representante de lo absoluto y de lo perdurable. Quizá demuestre esto que hasta para los labradores el cielo es más importante que la tierra, y que ante todo les conviene asegurar la cosecha del otro mundo. El maestro es pálido, vacilante, melancólico; el cura regordete, sano, jovial. Basta contemplarlos para comprender la diferencia que va de las engañosas tentaciones del valle de lágrimas a la realidad resplandeciente que más allá del sepulcro encontrarán los buenos católicos.

El maestro gana ciento cincuenta pesos mensuales. Verdad es que no trabaja sino ocho o nueve horas al día, y que no tiene sino un centenar de alumnos. Además, en la clase, que es un galpón arruinado, no hay bancos, ni mesa, ni utensillo alguno de enseñanza. Alli se aprende aritmética sin pizarrón, geometría sin figuras ni sólidos, botánica sin plantas, zoología sin animales, geografía sin mapas. Todo es etéreo, fantástico. También se debe observar que los ciento cincuenta pesos no son precisamente ciento cincuenta pesos. En primer lugar, son recibidos con un mes de retraso. Los gobiernos, sin duda por razones de alta política, han dispuesto que se pague a los maestros de escuela los últimos, es decir, despues de los mayordomos, porteros y lacayos; después de los espías. Por otra parte, a los maestros de escuela de la campaña se les paga *en la Asunción*. Los infelices necesitan nn intermediario que les cobre el sueldo en la capital y lo envié, en cuya operación se evaporan siempre algunos pesos, cuando no todos. ¡Hay tan poca gente en quien se puede fiar! En fin. el maestro vive. ¿Que más quiere?

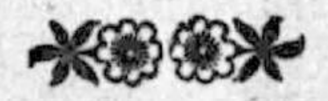
Al cura, y con justo motivo, no le basta vivir. Es preciso que la gloria del todopoderoso triunfe en él. La sencilla gente de la aldea llama al sacerdote *hijo de Dios*. Como tal, se hace hombre, y a veces exageradamente. El cura de mi cuento tiene diez hijos. ¡Cosas del clima! Ninguno de los diez quedará en la miseria; el doblemente padre es casi rico. Notemos que ni siquiera vive en su parroquia. Cada mes aparece por ella, canta una misa acá, unos responsos allá; bautiza a un par de nenes, casa a unos cuantos escandalo-

sos y se marcha. Total, quinientos, setecientos pesos. He examinado el arancel eclesiástica; he descubierto con asombro que "un matrimonio en hora competente, con misa nupcial sin aplicación", vale 5 pesos, "con aplicación" 8 pesos; "un entierro de adulto, sin posa, siendo cantado y dando vuelta a la iglesia", 4 pesos, "si hubiere posas se percibirá ademas 0.50 por cada posa cantada", "por un entierro de adulto o párvulo desde el domicilio hasta la iglesia o cementerio, no se percibirá más de 4 por la primera cuadra y 2 por cada una de las demás".

Los chirimbolos del culto, cruces parroquiales, ciriales, arañas, candelabros, dalmáticas, paños, no se alquilan por más de 3 pesos por pieza; pero son derechos de fábrica que aprovecha la mayordomía y no el cura. En ellos se incluye lo referente a la campana. Sepa el público que un toque de agonía cuesta treinta centavos, y cincuenta el anuncio de muerte.

Entonces ¿que significan los centenares y miles de pesos que se embolsa el cura en cuestión?

¡Ah! Es que al maestro lo mantienen los hombres, mientras que al cura lo mantienen las mujeres. A uno se le cumple a regaña dientes su miserable tarifa; para el otro no hay tarifas, y los esfuerzos del señor obispo se estrellarán contra la inagotable piedad femenina. Esas heróicas esclavas han puesto en la misericordia celestial todas sus esperanzas—¿donde las iban a poner?—y ningún sacrificio les parecerá grande si se trata de conservar las amistades con la Virgen, los santos y el *hijo de Dios*. El hombre hasta cuando ama, es práctico y luchador; prevé y mide; mal convencido, en lo que acierta, de las ventajas de la instrucción, no se enternece demasiado ante la palidez y la melancolía del maestro. En cambio la mujer, apenas ama, ama como madre, y todo está dicho. Cierra los ojos a las calaveradas del cura; los abre llenos de confianza, cuando el sacerdote recobra su carácter sagrado, y repite en nombre de Cristo las inmortales, las únicas palabras del consuelo. Y la mujer se complace maternalmente—¡oh Dolorosa!—en los carrillos redondo del cura, en su jovialidad, y ríe con él, risa cándida, leve, pronto retenida, de niña seria. Y para el cura será la gallina más gorda, el más rico vaso de leche, y el montoncito de pesos reunidos en largos meses de frío y de sol. a fuerza de caminar con los pies descalzos por los senderos que no acaban nunca.



LIBROS, REVISTAS Y PERIODICOS

A Cara o Cruz.—Por Pedro Godoy.—Editorial Claridad. Un pequeño gran libro, repleto de emociones hondamente sentidas y expresadas con sencillez y sinceridad, es el conjunto de poesías que acaba de publicar nuestro amigo y colaborador Pedro Godoy. Hay tantas cosas buenas en «A Cara o Cruz», que con alma y vida lo volcaríamos íntegro en nuestra revista, si eso fuera posible.

Y sino juzguese por estas muestras. Godoy se presenta:

Poeta de provincia . . .
He llegado de afuera con la pluma
empapada con tinta de entusiasmo;
un fardo de recuerdos a la espalda
y un gajo de bondad entre los labios . . .
. . . andariego, rebelde, desconfiado
soy un ςudo cantor que tiene mucho
del gringo y del paisano
¡Soy de los pies a la cabeza, todo
un desgarrante grito proletario!

Y más adelante:

Un paisano; vulgar campesino . . .
¡Pero taura! Muy hombre. Sincero
con un Yo como el Sol; de una cara
Sin revés y derecho. Seguro
¡De una sola palabra!

Y el Godoy obrero, auténtico, de manos callosas, rebelde y digno en su pobreza palpita en un «desgarrante grito proletario» de este dolor linyera sentido en carne propia:

Con hambre y con sed,
con odio, pero manso,
vencido por los duros sufrimientos;
con la linyera al hombro, caminando,
en medio de las vías,
envuelto en mi ponchito deshilado,
soy apenas un punto que se acerca
a ese pobre pueblucho agazapado . . .
. . . la puerta iluminada de un fondín
donde cantan alegres parroquianos,
me tienta y me obsesiona;
entrar . . . pedir . . . rogar si es necesario!
Reacciono ¡No puedo! Se subleva
mi dignidad de macho,
el orgullo de pobre,
y tragando saliva, renegando,
en la boca chasqueando una puteada,
amarguras, fobias, asco,
sigo . . .

¡Cuán sincero y natural es ese lenguaje y que lejos está de las sinsiblerías y contorsiones líricas a que nos tienen acostumbrados la mayoría de los poetas viejos y nuevos.

En otra parte resume así la tragedia del nativo:

Era feliz el hombre de las pampas
con su china, sus potros y su rancho;
estoico a su destino,
andariego y cantor como los pájaros
Y un día lo alcanzó el progreso
sobre la grapa del convoy mecánico.
. . . Se alzarón mostradores de cantina
y llegó, fusta en mano, el comisario
para implantar la ley y las fronteras.
La propiedad trazó sus alambrados
y la moral su iglesia y su prostíbulo . . .
. . . Hoy cruza el horizonte de la patria
en carnaval, con latas emprendado,
o matando milicos y pulperos
por los circos de barrío.

Todo el libro es así, hondo, intenso, lleno de cuadros de una simplicidad y una veracidad impresionantes. Seguro estoy de que todos los trabajadores y compañeros que lean «A cara o Cruz». pensarán, al terminar lo que yó pensé: "Al fin tenemos un poeta nuestro".

Ricardo Zabalza

México revolucionario.—Por Oscar Tenorio.—Sabido es que las revoluciones y guerras civiles que tuvieron por escenario a Méjico en estos últimos tiempos agudizaron extraordinariamente en aquel pais hermano algunos de sus problemas económicos y sociales: la cuestión religiosa, la penetración imperialista, la nacionalización del petróleo, la educación y elevación social del indio, etc. Estos problemas en mayor o menor escala existen también en las demás naciones iberoamericanas. Por eso suelen provocar ásperas polémicas cuando se les plantea entre nosotros. Y es que nuestros elementos conservadores y religiosos recuerdan tal vez aquello de "cuando las bar-

bas de tu vecino veas pelar..." y procura que no cunda por América "el mal ejemplo mejicano". Páginas elocuentes de una de estas polémicas, páginas que todos los estudiosos de las cuestiones americanas deben esforzarse en conocer, son las que escribió en la prensa carioca el periodista brasileño Oscar Tenorio y que ahora, reunidas en un volumen de 240 páginas, nos envía su autor desde Rio de Janeiro precedidas de amable dedicatoria para nuestra revista.

La Indomable.—Por Federica Montseny.—"Historia de un gran temperamento, de una gran existencia y de una gran pasión", reza el libro bajo el título. Y en verdad que su autora hace honor con esta novela a sus bien ganados prestigios literarios, relatándonos en limpio y apasionado estilo la historia de una mujer excepcional que desafía prejuicios y costumbres para vivir sinceramente de acuerdo a sus convicciones y gustos.

La Novela Ideal.—Hemos recibido "Un Abel más malo que Caín" de Aurelio J. Rendón, "El derecho del hijo" por Federica Montseny, "Pedro, el justiciero" por Regina Opisso y "Los Carrilanos" por F. Barthe. Son cuatro breves e interesantes narraciones editadas por la "Revista Blanca.

Canje.—Además de los periódicos y revistas cuyo recibo acusábamos en el número correspondiente a Octubre hemos recibido "Espiral" que continúa con renovado empuje la obra de la revista "Indice" de Bahía Blanca. Del extranjero recibimos "Avante" de Méjico, "Rebelde" de Bruselas (Bélgica), "O Internacional" de San Pablo (Brasil) y "Revista Blanca" de Barcelona (España).

TA - TE - TI

El último libro de YUNQUE

Para IMPULSO.

Alvaro Yunque, el hombre niño, nuestro hermano mayor, acaba de brindarnos, el alegrón de un nuevo libro: TA-TE-TI.

Un nuevo libro de Yunque para la muchachada que piensa, que escribe, es siempre una grata sorpresa; y aún para los viejos serios y juiciosos de la literatura, es un motivo de remozamiento, un vaso de agua fresquita, recien arrancada.

Nadie como él, en nuestra literatura, tiene el don de enseñar deleitando, *de enseñar con gracia*—como dijera Rodó—de educar al niño en la aspiración al bien, en el amor a la libertad y a la justicia.

Toma al niño de la mano y lo lleva por los laberintos de la vida, engrandeciéndolo, uniéndolo, modelándolo, en un creciente afán de mútua cordialidad.

Nadie como él ha retrocedido tanto sobre los años, nadie como él, caminando para atrás, reculando, ha llegado a la alborada del hombre, se ha detenido allí, sentado en un banco de la escuela al lado del negrito, hijo del portero, y lo he visto encogerse humildemente ante la soberbia del niño mimado hasta vencerlo; ha ido a vender empanadas con los compañeros del rubio, se ha escapado de la casa para ir a vivir solo a la casilla del inglés, y se ha sentido profunda, mansa, ingenuamente enamorado de la inteligente maestrita de su grado.

Cuando yo leí el libro de Yunque, por primera vez, iba en el tren, en una noche calurosa, viajando en medio de la pampa sola, con el alma cargada de angustía y desesperación, y la lectura del libro, rebalsando de un ansia de bien y de superación humana, y el recuerdo de su autor, tan hombre, tan bueno, me arrancaba lágrimas de los ojos...

Ahora es distinto. Afuera llueve copiosamente. Son las doce de la noche. Tengo sueño...

Reciba al irme a dormir, Alvaro Yunque, mi hermano mayor, un cariñoso beso en la frente.

Pedro Godoy

La Huelga por Radowitzky

El movimiento organizado para el 14 de Noviembre en favor del noble Simón tuvo vastas proyecciones en casi toda la República. Particularmente en la provincia de Santa Fé puede decirse que fué una grandiosa jornada proletaria, comparable a los memorables días de agitación en favor de Sacco y Vanzetti. En Rosario hubo tres días de paro absoluto donde no faltaron violenta luchas revolucionarias. Los gremios de la F. O. R. A., los de la U. S. A. y los autónomos obraron en conjunto dando un hermoso ejemplo de lo que significa la fuerza proletaria cuando actúa con decisión, unidad y energía. En Firmat, Villa Cañas, Santa Isabel, Winifredo, Rivera, San Agustín, etc., la huelga paralizó también todas las actividades.

La burguesía furiosa, ha desencadenado después de esto una terrible reacción, En Juncal fué disuelta a tiros una asamblea obrera resultando varios heridos. Quince trabajadores fueron golpeados en la comisaría local y conducidos luego a Rosario. En la estación Gallini la policía hirió gravemente al compañero Emilio C. Vera y lo llevó atado en un camión, a pesar de su estado, dejándolo morir en la jefatura de Carlota, sin asistencia médica y sin permitir que lo vieran las personas que se interesaban por él. En Villa Cañás se clausuraron los locales obreros, deteniéndose a varios compañeros. Lo mismo se hizo en Santa Isabel donde fueron detenidos 17 obreros.

En otros puntos de la República, aunque no hubo luchas violentas, los trabajadores en general secundaron la huelga. En Buenos Aires pararon muchos gremios e infinidad de trabajadores, lo mismo que en Mendoza, Córdoba, Tucumán y demás ciudades del interior. En Bahía Blanca se plegaron a la huelga todos los gremios, salvo tranviarios y empleados de comercio. Como cuando la agitación por Sacco y Vanzetti hubo además por todas partes mitines grandiosos. Desgraciadamente en Punta Alta el paro no tuvo esta vez la repercusión que todos esperábamos como efecto de la intensa propaganda que se hizo y de la indudable simpatía hacia Simón que había demostrado toda nuestra masa obrera en los pasados mitines. La nueva sociedad "Obreros del Arsenal" se escudó en que en Buenos Aires no había declarado la huelga la A. T. E. a la que se adhirieron recientemente y los miedosos a perder el puesto que son montón en el Arsenal se fueron mansamente al yugo. ¡Pobre Radowitzky si todos los obreros del país se hubiesen portado—salvo raras excepcioues—como los del Arsenal de Puerto Belgrano! En cambio los trabajadores del pueblo, ladrilleros, panaderos, sastres y otros adheridos a la Unión Obrera, los chauffeurss, cocheros y albañiles cumplieron dignamente con su deber proletario.

El mitin anunciado para el 14 de Noviembre no se pudo efectuar, pues la policía anduvo con chicaneos y no dió al fin el permiso solicitado.

La Unión Obrera piensa continuar la agitación y esperamos que en otra próxima jornada los obreros todos y especialmente los de nuestro Arsenal demuestren un mayor espíritu solidario hacia el hermano que dió juventud y libertad por nosotros y que desde hace 19 años languidece en el terrible presidio de Ushuaia.

La cárcel de Bahía Blanca

Iniquidades que se cometen con los presos

Todas las cárceles del mundo son un antro de corrupción donde los detenidos, lejos de «regenerarse»—como pretende la justicia burguesa—adquieren toda clase de vicios y se adiestran en el mal, siendo a menudo sus más eficaces maestros los propios carceleros. La cárcel de B. Blanca no es ciertamente una excepción según puede verse por el extracto de la carta que publicamos, aparecida en el diario «La Tarde» de Bahía y en la que el detenido Carlos Jorquera Rojas denuncia los bárbaros abusos de que son objeto. La falta de espacio nos impide publicarla textualmente; pero con todo cumplimos un deber de solidaridad humana denunciando a la faz del pueblo estos abusos:

Falta de agua

La dirección niega el agua a los detenidos. El reglamento interno exige que cada calabozo tenga un recipiente para el agua. Solo a algunos «privilegiados» se permite tener una lata de kerosene; Jorquera y otros pasaron varios dias en los calabozos de castigo por gritar contra esa falta de agua.

Violación de correspondencia

El precepto constitucional de la inviolabilidad de la correspondencia es dentro de la cárcel una amarga ironía. La dirección revisa detenidamente toda la correspondencia y se queda con las cartas que le parece bien. El detenido Jorquera hizo una denuncia escrita de este asunto a la Suprema Corte de Justicia que no llegó a destino. Repitió verbalmente la denuncia ante el Sr. Presidente de la Suprema Corte en una visita que hizo a la cárcel. El Dr. De la Colina hizo presente a la alcaidía que la correspondencia era «inviolable» y prometió arreglar aquel abuso. El arreglo fueron 14 dias de calabozo que le impusieron al denunciante, aprovechando la circunstancia de no haberse sacado el sombrero con prontitud un día que pasaba delante suyo el Sr. Sub-Director.

Retención de dinero

Muchos envios de dinero que se hacen a los detenidos no llegan a destino, otras veces la Dirección lo retiene como depósito y solo entrega 20 pesos en día designado al efecto. Cuando el detenido no puede comer el pésimo rancho o necesita comprar ropa, solo consigue la entrega de su dinero mediante el pago de una coima al Alcaide "¡Hasta en eso se nos explota!—dice Jorquera—Y ese dinero lo envian las madres, los padres, los hermanos y los hijos que lo amasan con lágrimas y privaciones, para aliviar en parte, el dolor y la miseria del que está preso".

El servicio médico

Dentro de la cárcel, como en todas partes, hay algunos «privilegiados». Son los que sirven de espías e instrumentos de los carceleros. Cuando estos privilegiados están indispuestos se les atiende con toda deferencia y hay quien sin estar indispuesto permanece largo tiempo en la enfermería. En cambio a Jorquera que es tuberculoso igual que a la mayoría de los detenidos cuando están enfermos el médico no los atiende o les receta purgantes! Dice el autor de la carta: "Yo sufro del pulmón; toso día y noche. Pedí au-

torización para comprar (con mi dinero) un remedio y me lo concedieron despues de tres audiencias y cuando aún no lo habia terminado vino el Sr. sub-director y me lo tiró. Desde entonces estoy condenado a seguir sufriendo y a dejar que la tuberculosis me coma los pulmones".

Aberraciones

Transcribimos íntegro y textualmente este párrafo de la carta, uno de los cuadros más tristes y repugnantes de la vida carcelera:

"Y aquellos que protestamos, aquellos que nos revelamos contra esas injusticias que nos hace callar a fuerza de calaboceadas y las más de las veces se nos envía uno de esos privilegiados, para que nos hagan callar unos dias pegándonos una puñalada . . . La Dirección misma se encarga de eso y premia a esos señores privilegiados haciéndoles capataces, los encarga de distribuir la correspondencia, les concede toda clase de privilegios, incluso el de andar armados hasta los dientes para imponerse . . .

y . . . ¿por qué no decirlo? hasta **les da facilidades para que satisfagan canallescamente sus apetitos sexuales de bestias lujuriosas con aquellos más débiles, con aquellos que nunca faltan . . . . con aquellos muchachos menores de edad que la justicia envia a estos antros a regenerarse y salen degenerados...prostituidos...**

Esto la Dirección lo sabe y lo tolera; y tampoco se preocupa de reprimirlo; todo lo contrario, da facilidades y privilegios para que se haga eso y tambien hay uno o dos empleados que hacen el papel de «**Celestinas**» mediante una retribución monetaria. En una palabra y concretando: La Dirección misma, que es la encargada de velar por la buena marcha del establecimiento, propaga la degeneración y fomenta el caudillaje . . .

Confío señor director y confiamos todos en que la plausible campaña iniciada por «La Tarde», sea coronada por el éxito; que se nos tenga un poco de conmiseración, un poco de lástima, que se ponga coto a tantas injusticias, tantos abusos y tantas humillaciones, que las autoridades competentes investiguen y traten de comprobar la veracidad de nuestras afirmaciones. Para ello no tiene nada más que venir aquí, vencer esa repugnancia y escrúpulos que inspira este antro, y visitarlo; visitar el «antro en sí», no la Dirección; interrogar a los presos, no a las autoridades, pues éstas, no están encerradas en los pabellones, ni duermen en las celdas; probar el rancho, y no tomar el té en la Dirección. . . siempre vienen inspectores a visitar la Cárcel, y nunca los he visto entrar a los pabellones ni interrogar a nadie.

Confío señor director, en que dará usted cabida a estas líneas que encierran el grito de angustia de los desterrados del mundo".

A los amigos y colaboradores

Nos vemos obligados a pedir disculpa otra vez a los compañeros a quienes prometimos publicar sus colaboraciones en este número. Los trabajos sobre Barrett nos llenaron casi todo el espacio disponible a pesar de que hemos suprimido muchas cosas interesantes. Esto nos muestra la necesidad de ampliar nuestra revista lo que haríamos fácilmente si todos nuestros amigos hiciesen un esfuerzo para conseguirnos subscriptores a partir del 1º. de Enero de 1929. ¡A la obra pues! Por el engrandecimiento de "IMPULSO".

El Nro. 8

En Nº. correspondiente a Enero aparecerá el dia 10 del próximo mes, aniversario de la semana trágica de Buenos Aires.

Administrativas

Balance del Nro. 5

ENTRADAS

Pedro Fernández 1 $, N. Ochetti 5 $, Justo García 5 $, H. Alvarez, 0.75 $, A. García 8 $, R. Lorenzo 4 $, C. Gallego (7 subscrip.) 8.40 $, C. Lenzi 36 $. Zabalza 3.80 $ J. González (subs.) 1.20 $, J. Zimmerman giro 37 $. Total 110.15 $.

SALIDAS

Papel y sobres timbrados s/f. 9.50. Recibos subscriptores s/f. 6 $. Comisión flete del clisé de Ferrer 0.70 $. Estampillas, fajas y franqueos 2.90. Imprenta 90 $. Total 109.10 $. Superavit 1.05 $ que sumados a 87,75 de existencia en caja dan un saldo de 88.80 $ que pasan a 1º. de Noviembre.

EL FASCISMO



Contra su creciente penetración que significa la esclavitud, la violencia y la muerte debe alzarse enérgica y tenaz la acción de los trabajadores.

Contribuye, compañero, a combatir prácticamente al fascismo ayudando a sus víctimas, adquiriendo bonos de 20 centavos que el Centro Libertad tiene en circulación.



REVISTA MENSUAL

EDITADA POR EL CENTRO "LIBERTAD"

Calle 25 de Mayo N°. 646

Punta Alta - F. C. Sud   República Argentina

LA NUEVA COMUNA